

# Apología a Pedro Francisco Bonó

(DISCURSO DE INGRESO COMO MIEMBRO DE NÚMERO  
DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA)

Es para mí motivo de especial satisfacción ser incorporado como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia. Los distinguidos colegas que me otorgan esta distinción pueden contar con que contribuiré, en la medida de mis limitadas capacidades, con las finalidades que rigen la existencia de esta institución.

Y es que no ha permitido la pertinencia de la ímproba labor de someter a examen intelectual la trayectoria del pueblo dominicano, finalidad señera de la Academia Dominicana de la Historia, depositaria institucional de lo que está llamado a proyectarse como preocupación del conjunto de la sociedad.

El conocimiento del pueblo contiene tantas facetas que, por definición, resulta tarea inagotable, aun sea desde el ángulo que le otorga legalidad moral: su conexión con los problemas neurálgicos del colectivo. Los historiadores seguimos teniendo por delante una amplia agenda de tareas de conocimiento, pero que no constituye nuestro patrimonio exclusivo como especialistas. En ese tenor, nos corresponde contribuir a que la sociedad adquiera niveles progresivos de autoconciencia de su trayectoria. Este objetivo tiene valor intelectual intrínseco, al tiempo que usos pragmáticos. La experiencia aconseja que la práctica social no se desligue de la reflexión sistemática; y ésta supone realizar la captación de los procesos en su generalidad y dimensión temporal.



Estos propósitos no han estado ausentes en la dinámica de existencia de la colectividad dominicana, habiendo sido expuestos, en particular, por algunas de sus figuras ilustradas. Rescatar ese acervo, plasmado en elaboraciones conceptuales y esfuerzos cívicos, debe perfilarse como uno de los focos de atención de la sociedad, puesto que forma parte ineludible de las premisas culturales para la reinvidicación colectiva.

Me permito, en esta ocasión, acercarme a algunos problemas plasmados en una de las producciones señeras de esta tradición. Intentaré una reflexión acerca de aristas de la obra de Pedro Francisco Bonó, uno de los dominicanos más excelsos por la nobleza y profundidad de sus ideas. En él nos encontramos con un espectro de temáticas que, al cabo de un siglo, guardan impresionante actualidad. Por lo tanto, sus elaboraciones deben recuperarse como insumo para la consideración del presente, necesariamente enriquecida por la historicidad.

Tal vez convenga partir de la categoría decisiva que adornó la trayectoria de Bonó: la autenticidad. Ella permite comprender la vitalidad de un pensamiento que se desprendía de una actitud íntegra de humanidad y que se plasmó tanto en el estudio de los problemas como en la intransigencia frente a concesiones que desvirtuaran los principios. Leyéndolo descubrimos una construcción que, articulada en aras de contribuir a la felicidad del pueblo, se orientaba en sentido divergente a las propuestas de modernización comúnmente aceptadas.

Bonó terminó reconocido como ciudadano ejemplar y cumbre de la exposición de ideas responsables, pues el compromiso constituía en él una resultante de la autenticidad. Descolló como uno de los propulsores de la Revolución de 1857 que derrocó la segunda administración de Buenaventura Báez. No fue fortuito que así lo hiciese, pues lo que se hallaba en juego en ese acontecimiento no era otra cosa que el ansia de superar el autoritarismo del aparato estatal, con el fin de ajustarlo a los cánones de la tradición ideológica liberal. Desde ese momento, Bonó brilló como integrante de la que ha sido considerada una



tríada de precursores del liberalismo cibaño, junto a Ulises Francisco Espaillat y Benigno Filomeno de Rojas.

La plataforma liberal en el Cibao constituyó un fenómeno social que denotaba el vigor multifacético de un espacio regional, del cual se derivaban propuestas superadoras del anacronismo de factura colonial, en pos de la gestación de un orden moderno. De ahí que en el Cibao, y particularmente en Santiago, emergiera una pléyade de patriotas a los que correspondió el liderazgo en los afanes por un sistema democrático. El fenómeno se hizo tan potente que fueron los dirigentes de la Revolución de 1857, primer acto del protagonismo cibaño, se contaron entre quienes revivieron, seis años después, la llamarada que cuestionó el colonialismo impuesto por la facción conservadora personalizada en el tirano Pedro Santana.

A partir del fermento dejado por la guerra de la Restauración se tejió una propuesta llamada a tener presencia constante en el debate público. La misma alcanzó concreción en la corriente que vino a conocerse como Partido Azul, antes denominada por el presidente Gaspar Polanco como Partido Nacional.

Bonó invariablemente se sintió integrante del agrupamiento liberal azul. Sin embargo, desde la Guerra Restauradora comenzó a tomar distancias que anunciaban la primacía de la vocación del intelectual sobre el político y, como derivación, cuestionamientos crecientes a no pocas de las prácticas de sus correligionarios. Tal distancia expresa un núcleo crucial de la especificidad del sujeto: emergió como un visionario capaz de escrutar males donde pocos los percibían, así como de cuestionar con agudeza supuestos culturales dominantes. Este sesgo, a su vez, fue producto de la primacía acordada a la reflexión, que le permitió dotarse de un instrumental conceptual riguroso, y que constituía el reverso de una repulsión progresiva respecto a las consecuencias del ejercicio del poder estatal.

Una primera manifestación explícita de esas posiciones fue su renuncia, en medio de la guerra nacional, a las funciones gubernamentales ante el fusilamiento del depuesto José Antonio



Salcedo, y su refugio en San Francisco de Macorís, a la sazón pequeña aldea en una comarca que apenas comenzaba a ser colonizada.

Todavía aceptó desempeñar la cartera de Justicia e Instrucción Pública en las postrimerías de la segunda administración de José María Cabral. Pero, por lo visto, renovó su desconcierto cuando se hizo patente la ambigüedad del caudillo azul en relación al arrendamiento de la península de Samaná a Estados Unidos a cambio de armas y recursos para enfrentar la insurgencia de los generales que secundaban a Buenaventura Báez. De ahí en adelante consolidó una pertinaz automarginación de la vida pública, al grado de dejar de escribir durante nueve años.

Tras ese silencio desarrolló premisas analíticas antes establecidas, orientándolas hacia la crítica al poder público y a lo que denominaba “clases directoras”. Alrededor de esta temática concibió los trazos sobresalientes de su obra. A fines de la década de 1870 principió a redactar ensayos sobre problemas de actualidad que de inmediato lo situaron como figura connotada de la intelectualidad. Coherente con los contenidos de su desidencia, mantuvo incólume la decisión de no participar en la gestión gubernamental del Partido Azul. Gregorio Luperón, quien desde 1880 se abrogó la potestad de escoger al siguiente incumbente de la presidencia, en tres ocasiones sucesivas hizo saber que su candidato era Pedro Francisco Bonó. La selección, si bien ratificaba el procerato de Luperón, no expresaba una petición individual, sino que recogía el consenso de lo mejor del elemento pensante. Federico Henríquez y Carvajal se halló entre quienes apelaron, tal vez aludiendo ya a la sombra de Ulises Heureaux, ante las consecuencias delicadas que podrían sobrevenir de su negativa.

Esa actitud frente a la participación política se originaba en el juicio de la sociedad de su época, que lo conducía a una creciente incompatibilidad con las ejecutorias de sus compañeros. Al mismo tiempo, pese a que reconoció el acercamiento táctico entre liberales y conservadores baecistas, descartó involucrarse en la



formación de un nuevo partido, que rescatara los contenidos inspiradores de las gestas patrióticas. Por ello rechazó la invitación que le formularon los jóvenes radicales liderados por Eugenio Deschamps que irrumpieron, a través de la prensa independiente y los clubes, contra la degeneración de las azules.

Posiblemente su abstención obedeció al convencimiento de la imposibilidad de que, en aquel contexto, pudiera emerger una alternativa acorde con los principios. A la postre, dio muestras de hallarse convencido de las limitaciones de su prédica, lo que lo llevó de nuevo a dejar de escribir en 1885, tras legar un conjunto de ensayos que constituyen la obra más acabada de sociología histórica dominicana. Transcurrieron otros nueve años de silencio hasta que concibió los tres opúsculos del *Congreso extraparlamentario*. Este escrito, que condensa sus preocupaciones en la tercera etapa de su trayectoria literaria, reviste especial importancia porque, al tiempo que culmina problemáticas que lo acompañaron toda su vida, contiene sesgos novedosos que denotan mayor distancia respecto a los grupos dirigentes.

Posteriormente Bonó se tornó en un desconocido, salvo para sus amigos y unos pocos que seguían depositando esperanzas en que volviera a incursionar en la elaboración literaria. A pesar de la nombradía de que se hizo acreedor durante la década de 1880, con posterioridad, los intelectuales, cuyo núcleo de relieve estaba constituido por los discípulos de Eugenio María de Hostos, prácticamente soslayaron sus aportes.

Habría que cuestionarse si esa omisión obedeció únicamente a las dificultades de ordenar una memoria colectiva en un medio donde se carecía de bibliotecas o de instituciones de educación de suficiente influencia. Más bien, cabe atribuir ese desencuentro a que las inquietudes de Bonó se dirigieron hacia un derrotero divergente al asumido por casi todos los intelectuales ante las paradojas de la aplicación del paradigma, culminadas en la implantación de la dictadura de Ulises Heureaux. Mientras Bonó llamaba a la democratización social, las élites pensantes se



orientaban a la consideración de los medios para establecer un régimen fuerte que acometiera desde arriba la tarea de civilizar a la masa del pueblo.

Tocó a Emilio Rodríguez Demorizi, auxiliado de la erudicción de Vetilio Alfau Durán, rescatar del olvido los textos de Bonó, en 1964, y, recientemente, ha correspondido a mi amigo Ray-mundo González el mérito de profundizar el conocimiento de la historia dominicana con ayuda de Bonó y de introducirnos en la complejidad de su pensamiento. Raymundo González ha puesto de relieve el abanico de temáticas que hicieron de la obra de Bonó la manifestación culminante del pensamiento social y político del siglo XIX, y ha destacado su ruptura con la normativa que ubicaba la noción aceptada del progreso como meta de los esfuerzos del colectivo, y la formulación de una alternativa que atendiera primordialmente a las necesidades de la masa pobre del pueblo.

Creo que en ese sentido trascendente estriba la clave que le confiere actualidad a la obra de Bonó. Como es lógico, la sociedad dominicana ha experimentado enormes cambios en el siglo transcurrido desde que Bonó concluyó su última publicación. Empero, sus textos revelan que múltiples facetas de su interpretación y de su crítica a la realidad mantienen planos fundamentales de vigencia. No se trata solo de que difícilmente encontremos superada una obra que comprende tantas cuestiones de fondo. Es que estas se dirigen hacia un nudo en el que confluyen debates cruciales sobre el destino de nuestro colectivo nacional.

Todavía hoy, en consecuencia, para quien se formule el uso pragmático del conocimiento histórico, la obra de Bonó sobresale como modelo. Utiliza herramientas conceptuales que permiten una interpretación conducente a la formulación de propuestas ante los dilemas. En momentos en que la captación del proceso histórico nacional se llevaba a cabo casi exclusivamente de acuerdo al formato narrativo de la política, Bonó introdujo la consideración sociológica, y lo hizo con bastante antelación a los discípulos de Hostos. Los hostosianos dieron lugar a un movimiento intelectual que intentó aplicar los cánones de



razonamiento científico de la filosofía positivista; sin embargo, los componentes fallidos de tal esfuerzo no fueron ajenos al prerrequisito de recolección de datos previa a la interpretación sociológica. Así, puede afirmarse que los positivistas dominicanos, salvo parciales excepciones, razonaron un tanto en abstracto o bien, cuando elaboraron textos historiográficos, no traspasaron una narración ajena a la interpretación.

Bonó, en cambio, aunque de formación autodidacta, imbuido desde joven del conocimiento de las teorías sociales y políticas, se consustancia con la interpretación de los procesos en base a factores sociales causales. Le interesaba la realidad como totalidad, por lo que no adoptó una perspectiva especializada, como podía ser la del sociólogo teórico. Tampoco se adecuó a los requerimientos de detalles empíricos y cronología propios de la práctica historiográfica convencional; simplemente, construía marcos referenciales para abordar problemas del presente. Su obra, en tal sentido, está permeada por una fórmula de publicista que le confiere un sello irrepetible. Por ello, los recursos expositivos utilizados, fuese la ficción literaria o la descripción, integran un componente metodológico importante: la empatía en la mirada del pueblo humilde.

Bonó abordó los procesos con tal densidad que no puede ser evaluado sino como historiador y sociólogo al mismo tiempo. Su objeto invariable fue la comprensión de los órdenes causales de las relaciones sociales. Al encontrarse familiarizado con las doctrinas filosóficas y sociales modernas, no le resultó difícil tomar conciencia de que la empresa solo podía realizarse a partir de la dimensión de la historicidad. Así, desde su primer texto importante, *Apuntes para los cuatro ministerios de la república*, publicado en 1856, se propuso resolver los requerimientos que comportaba su intención política, por lo que inició ese escrito enunciando una visión alternativa de la historia:

“Y al decir la historia, no la comprendemos como comúnmente se escribe, porque entonces ningún dato de los que necesitamos podríamos recoger, y sólo tendríamos



relaciones de batallas, encuentros y miserias de los pueblos, sazonadas con la historia partícula de uno o dos hombres. Cuando decimos historia, queremos significar aquella que hace conocer las costumbres, adelanto o atraso de una nación...”

En esa primer etapa de producción intelectual, su tratamiento de la realidad todavía estaba permeado por una impronta jurídica. La legislación, a su juicio, condensaba las claves del devenir del colectivo, al tiempo que cualquier modificación de su rumbo tenía que encontrar su fundamento en una modificación de los patrones legales. Aun así, para él lo jurídico no encontraba asidero en sí mismo, porque el ordenamiento de la sociedad en leyes develaba una trama sociológica. Por ello se propuso aprehender las “leyes tácitas” y denunciar las “leyes injustas”, concluyendo con que la empresa intelectual que procedía no era sino el trazado de la historia sociológica. Desde estos pioneros apuntes se perfila la originalidad de su análisis y los gérmenes de un espectro sistemático de temáticas orientadas a dar cuenta de ese objeto antes nunca identificado: la historia social del pueblo dominicano.

Siempre a tono con el referido ángulo pragmático, las obras de Bonó parten de objetivos a lograrse, a partir de los cuales formulaba las interrogantes al campo infinito de la realidad. Comenzó explorando las bases para el establecimiento de un orden jurídico regularizado, que le ofreciese al propietario garantías para tornarse en el componente dinámico del sistema social. Así, en la “Moción en Senado” de 1856, su segundo escrito conocido tras la novela *El monterero* examinaba prioritariamente la conformación institucional del estado, para proponer medidas como la fundación de un banco nacional y la recogida del papel moneda, la eliminación del desbalance fiscal, la fundación de escuelas y la construcción de caminos.

Esas temáticas, compartidas con Espaillat y Rojas, en Bonó no resultaban de una aplicación genérica del paradigma civilizador, sino que contenían un germen de penetración en estatales sobrevenían de un ordenamiento de largo plazo,



consustancial al proceso histórico, puesto que se derivaban de injusticias que habían acompañado el dominio colonial de España. Una primera injusticia había estribado en la identificación entre grupos sociales y raciales; una segunda, en el monopolismo mercantilista. La identificación de ambos tópicos, como se comprobará más adelante, resume una sensibilidad que introduce matices democráticos al paradigma liberal global.

A medida que fue profundizando su pensamiento, sistematizó un mayor número de temáticas, que a su juicio constituían la quintaesencia de la colectividad. Es relevante que acordara el conjunto del régimen agrario. Inicialmente lo juzgó un obstáculo al avance de la economía en el campo; pero, a medida que relativizó las certidumbres liberales, captó que él subyacía una de las bases de los componentes de democracia social presentes en República Dominicana. Dicho sistema había permitido un irrestricto acceso a la propiedad, de lo que sobrevino un auspicioso sentido de iniciativas del pueblo trabajador que contribuyó a liberarlo de la esclavitud y lo perfiló como fuente generadora de la independencia nacional y de los avances históricos que la acompañaron.

Gracias a sus dotes de observador de los procesos locales, inscribió la problemática de los terrenos comuneros en el trazado de líneas evolutivas de las relaciones agrarias. Lo que sería difícilmente inferible de los documentos de propiedad, lo captó Bonó en base a la familiaridad con el medio y a su interés por lo pasado. En su obra están trazadas pinceladas no superadas de la historia agraria dominicana. Por ejemplo, gracias a su penetración vivencial con el objeto, aclaró cosas que los documentos no explicitan, como la división de los sitios comuneros en hatos y ranchos, según estuvieran ubicados en tierras llanas con sabanas o en montañas y bosques.

En esos sitios habría alcanzado su tipicidad proverbial lo que para él definía la especificidad del régimen social dominicano, enmarcado en la vida embrutecida de la colonia, pues facilitaban la mezcla de razas y una esclavitud “de la familia” que



exteriorizaba la caridad, contenido ético de la cultura española. Dicha tolerancia social hacía imposible, de acuerdo a su elaboración, “la guerra social” y constituía la causa eficiente de la “superioridad” de la República Dominicana respecto a la República Haitiana. En reverso del análisis, denunciaba el prejuicio del “buen tiempo viejo”, por lo que muchas de sus páginas dibujaron la vida miserable del esclavo y del liberto de la época colonial.

Pero no se proponía únicamente caracterizar la realidad hacia el pasado, sino que escrutó en la referida tolerancia social el reverso exacto de los beneficios enunciados, a saber, el origen de la “pasividad del carácter nacional” y la causa, por ende, de la miseria del país.

Infería tales relaciones causales de la consideración de que el sistema económico colonial se había sustentado en la “ganadería simple”, vinculada a la despoblación del territorio y a escasa dosis de creatividad. De ahí que advirtiera de la combinación del desarrollo demográfico de las últimas décadas del XVIII con las subsiguientes modificaciones de la política insular habían llevado a la superación de la simplicidad de ese esquema productivo.

Es de destacar la complejidad de factores intervinientes en su análisis socio-histórico, que logra plenitud en la serie de artículos intitolados “Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas”, publicados en *La Voz de Santiago a partir* del 23 de octubre de 1881. Si se observa a Bonó con el prisma del sociólogo, esta es su obra más acabada, aunque su plenitud como ensayista quedaría plasmada en “Opiniones de un dominicano”, artículos publicados entre diciembre de 1883 y enero de 1884 en *El Eco del Pueblo*.

En los “Apuntes” situó el análisis alrededor del factor económico, pero no se le puede imputar economicismo, como lo prueba la forma en que explicó, con ayuda de procesos demográficos y políticos, la evolución del mundo rural. Según su hilo expositivo, el poblamiento de los sitios condujo al doble resultado de formación de aglomeraciones y reacción productiva del pequeño agricultor, fuese por mayor demanda de



autoconsumo o para el abastecimiento de la emergente población urbana. Los cambios en la tenencia de la tierra registrados entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX resultaron consolidados gracias a los efectos de la ocupación haitiana de 1822.

En su época, Hostos fue el único que compartió una evaluación que ponderara efectos progresivos de este dominio foráneo. Mientras para Hostos conllevó una beneficiosa nivelación social, Bonó subrayó el “inicio de mejoría de los campesinos”. En tal sentido, registraba que durante la ocupación haitiana se recompuso el crecimiento demográfico, se consolidó el tránsito al predominio de la agricultura sobre la ganadería y se generaron las claves de las relaciones agrarias que él conocía por observación directa. Es en torno a ellas que gira el esfuerzo analítico de los “Apuntes”, en que alude a la masa campesina de la época con la categoría de “clases trabajadoras”.

Identificaba al conjunto de la clase campesina con un esquema de producción agraria de tipo mercantil, cuya manifestación acabada ubicaba en el cultivo del tabaco. No es que desconociese las gradaciones en el campesinado entre orientación autárquica y la mercantil, sino que utilizaba la reducción para destacar la culminación de un proceso que, al mismo tiempo, contenía componentes de lo que debía ser el orden deseable. En las páginas centrales de los referidos “Apuntes” plasma una descripción antológica del funcionamiento de la estructura agraria, ubicando su nervio en la relación entre la producción a pequeña escala y el capital comercial como factor dinamizador.

Era esta estructura económica la que aseguraba los rasgos de democracia social que, a su juicio, se encontraban en la base de la constitución del colectivo nacional. Por ello, atribuía a la producción de tabaco la cualidad de garantizar la estabilidad de los involucrados, encontrando en sus características técnicas las condiciones óptimas para la reproducción de la pequeña propiedad. Adicionalmente, aseveraba que del tabaco “viven todos”, conclusión a la que llegó gracias a la minuciosa descripción de los efectos inducidos por esa actividad en el

transporte y actividades artesanales. De ahí que definiese lapidariamente al tabaco como el “Padre de la Patria”.

La defensa del régimen de la pequeña propiedad, fundamento final de la mirada política de Bonó, no lo llevaba a recusar la introducción de componentes de la modernidad propia de los países industriales. Durante mucho tiempo no concibió antagonismo entre la democracia social dominicana y la modernidad, sobre la base de que la primera podía crear las condiciones para una justa asimilación de la segunda.

Para fundamentar esa compatibilidad acudió a comparar la historia de las dos naciones que comparten la isla, localizando diferencias sustanciales entre ellas originadas en los esquemas divergentes de régimen colonial. La colonización francesa había generado abismos que implicaban polarización entre grupos sociales identificados a patrones raciales. Emanaba de ello una ferocidad entre las contraposiciones sociales y políticas dentro de la nación vecina. De ahí que elaborara el supuesto de que el estado haitiano se había construido sobre la base del “exclusivismo negro”, valladar de las posibilidades del progreso y por momentos dirigido contra el pueblo dominicano. En contraposición con tal rasgo, la nación dominicana se había conformado sobre la base de la “amalgama de razas”, por lo tanto abierta a la ventajosa relación con los otros países.

El hecho de que se constituyera un *pathos* cosmopolita entre los dominicanos implicaba, para él, preferencia por la raza blanca. Ahora bien, lejos de apreciar racismo en tal predisposición, Bonó la consideraba muestra de apertura hacia el cambio que requería la integración a las corrientes de la modernidad. De manera que su sentido nacional resultaba contratante con el nacionalismo doctrinal haitiano, por lo que apreciaba un peligro en los que calificaba de “ultranegros agresivos”, que encontraban en la independencia dominicana un desafío a su vocación exclusivista.

No obstante, en el nervio de las cavilaciones de Bonó se situaba una reserva ante las consecuencias que podía acarrear la relación con el exterior. Por eso denunció, como uno de los tópicos



cruciales de sus textos, la vocación de los sectores dirigentes a copiar las experiencias ajenas. En más de una ocasión señaló la originalidad como exigencia para la realización del colectivo. La misma implicaba que se restringiese la asimilación a aquellos aspectos de las experiencias de los países industriales que resultaran apropiados en el contexto dominicano. Era cauto al abogar, a lo sumo, por una “copia discreta” de las experiencias europeas. Como parte de la contraposición de estilos de modernización, por ejemplo, desaprobada las ilusiones en las líneas férreas, abogando por la construcción y reparación de caminos.

En base a esa concepción desarrolló su prédica contra las “malas doctrinas” que proponían el abandono del cultivo del tabaco, aun cuando se fundamentasen en supuestas razones agronómicas, puesto que conllevaban la disminución o desaparición de la condición propietaria de las clases trabajadoras. Alrededor de ese punto enunciaba un proyecto alternativo que no solo reivindicaba hacia el futuro el legado pasado, sino también la creatividad presente en la clase trabajadora, frente a la esterilidad de las “clases directoras”.

Pese a la defensa tenaz de la pequeña propiedad como basamento para el orden justo y, en consecuencia, para el ejercicio de la soberanía popular, estaba penetrado de la lucidez que lo llevaba a considerar incontrovertible el establecimiento del capitalismo. Aun cuando visitó Estados Unidos en 1858 y Europa en 1875, hasta la tercera y última fase de su producción literaria parece haber concedido relieve a los efectos progresivos del régimen capitalista, no obstante su reconocida asociación con el pauperismo.

Si bien no abundó en sus consideraciones respecto al capitalismo europeo, enunció los rasgos de lo que entendía debía ser el capitalismo nacional. Por una parte, estimaba indispensable el respeto a la equidad, para que no se profundizara la desigualdad; mas resulta revelador que Bonó, poseedor de una actualizada biblioteca en temas sociales, nunca utilizase el término



socialismo. No hay elementos suficientes para explicar la restricción, aunque puede imputarse a que, finalmente, nunca abandonase la certeza del virtuosismo que deparaba el sentido de propiedad y los componentes democráticos del liberalismo promigenio. Incluso cuando, en la última fase de su obra, sometió a la crítica más dura al capitalismo dominicano, no dejó de alertar contra todo régimen que, al estilo de Esparta, aplastara la individualidad de los sujetos.

Por otra parte, su negación de la concreción del capitalismo en el país se basaba en retomar el nervio económico del paradigma liberal, la función reguladora del mercado. Así, acompañó la defensa de la pequeña propiedad con la crítica a las franquicias fiscales que recibían los inversionistas, ponderándolas como privilegios exorbitantes que entorpecían la marcha del auténtico progreso. En ese tenor, descartó que la fundación de ingenios azucareros hubiera guardado relación con las franquicias, atribuyéndola a los inmigrantes cubanos. El tabaco, por su parte, desprovisto de cualquier instrumento de protección estatal, demostraba el vigor del trabajo libre en el contexto del mercado sin trabas.

Esta recuperación de conceptos liberales se explica porque, en fin de cuentas, el conflicto de Bonó con el capitalismo dominicano estaba centrado en sus efectos pauperizantes y de desigualdad. Los mismos no tenían una connotación exclusivamente económica: la proletarización -extrema en la región este- suponía una desvalorización tan integral del ser humano que constituía una amenaza para la supervivencia del colectivo.

Así como estimaba que en Europa el pauperismo conducían al anarquismo violento, incompatible con su sensibilidad ética, atisbaba para República Dominicana el peligro de una reacción e equivalente de los trabajadores. En este tema se advierte la profundidad de su aproximación a la realidad dominicana, ya que contiene un registro empírico -harto escaso en la documentación común- acerca de los conflictos entre campesinos y agentes estatales y mercantiles.

Para Bonó estaba claro que los campesinos tenían la razón en el antagonismo con los ciudadanos, porque reaccionaban ante el



desorden instituido por la autoridad. Sin embargo, a diferencia de los socialistas, no presagiaba nada beneficioso de tal conflicto: la protesta de los trabajadores dominicanos reproducía patéticamente el desorden de los grupos dirigentes, sin lograr estructurar una acción social consciente. Así lo formula en “Opiniones de un dominicano”:

“Por mi parte creo que en mi país las más de las veces el del campo no ve al de la ciudad como amigo ni como hermano, sólo como una carga pesada que... pretende sin ningún título darse los humos de señora absoluta y despótica. Si a esto se agrega que la autoridad ubicada en la ciudad hace aún más odiosa la cosa, ejerciendo sus funciones las más de las veces como una verdadera calamidad para el que trabaja, llamándole a su presencia para despojarlo, para quitarle su tiempo, sus servicios, sus economías, sin que por pudor siquiera escude sus expoliaciones con el interés común, la medida entonces se derrama, inunda el país de un desorden que en su fondo son protestas del trabajador, protestas por desgracia calamitosas y al mismo tiempo impotentes, pues son contra un mal que seguirá su curso porque, o no se atina en descubrir su origen, o los interesados conociéndolo se han coaligado en lo alto de la acera para oscurecer la verdad”.

Resulta discernible que su percepción acerca de las potencialidades de las clases trabajadoras experimentó variaciones, aunque no dejará de oscilar entre las esperanzas en que se constituyeran en sujeto alternativo, a partir de su función creadora del conglomerado nacional, y las dudas derivadas de su falta de cultura política. Aunque normalmente contrapuso la esterilidad de las clases directoras con la creatividad de las clases trabajadoras, transitó hacia la consideración de males transclasistas o transmitidos de un sector o otro.

Preocupado en identificar el origen de los males, partía de las conexiones entre la organización del sistema económico, la injusticia, la pobreza y la impotencia del colectivo; pero, en forma



progresiva, avanzó hacia un plano interpretativo que culminó en el *Congreso extraparlamentario*, consistente en hacer dimanar la raíz de los males de la cosmovisión colectiva.

El núcleo de esta deficiencia lo encontraba en la “carencia de un espíritu público”, a su vez manifestación sobresaliente de la “nulidad de las clases dirigentes”. En el plano de la dilucidación historiográfica, registraba que desde que la nación comenzó a conformarse, como colectividad política, a inicios del siglo XIX, las clases dirigentes habían arrastrado a las masas. Esto había sido posible por una “inercia” de estas últimas que se remontaba a las profundidades de la historia. Visualizaba, pues, a la sociedad dominicana como un conglomerado carente de cohesión y, por lo tanto, de misión, a causa del individualismo consustancial de sus integrantes. Como se ve, compartía el tópico del individualismo, que ya había comenzado a ser trillado por los intelectuales y que seguiría siendo de auxilio obligado entre los discípulos de Hostos.

Para Bonó, el pueblo dominicano era sano pero inútil, valiente y, paralelamente, carente de confianza en sí mismo. La expresión máxima de todo ello se concretaba en la demanda universal de que el gobierno resolviera el conjunto de problemas, reverso de la pasividad generalizada. En tal estado mental situaba la causa sustantiva del autoritarismo, aunque en uno de sus primeros escritos también lo vinculó con las exigencias de disciplina militarizada del trabajo que se derivaban del primitivismo social e institucional.

A lo largo de toda su trayectoria siguió identificando el mayor mal en la holgazanería mental de las “clases directoras”, que impedía a sus integrantes adentrarse en el origen de los problemas. Ponderaba los componentes legítimos de la cosmovisión de esas clases como un ideal bello pero irrealizable, pues no se correspondía con la tónica de lo existente. Validaba esa conclusión al resumir la percepción del estado como un ente parásito, que no cumplía con el deber de devolver en servicios los impuestos pagados por los campesinos. Apuntaba, en consecuencia, a rectificaciones radicales muy ajenas al sentido común sistemático.



No es casual que terminase cifrando el requisito para la ruptura de los vicios seculares en la constitución de la clase media como entidad pensante. Ante la impotencia de la sociedad en su conjunto, esa sería la fórmula para que emergiera un agente transformativo. Las ideas a ese respecto, empero, no alcanzaron demasiada consistencia, pues estaba penetrado por la denuncia de la proclividad del estamento intelectual a plegarse ante los parabienes de la apertura al exterior. La aptitud de la clase media quedaría sujeta a que abandonase su conformismo superficial, pero no llegó a ofrecer avances de cómo acometer tal reto.

Esas elucubraciones muestran las dudas que, en forma progresiva, lo fueron asaltando ante la derivación del experimento liberal hacia un autoritarismo de corte capitalista oligárquico. De manera más bien subrepticia, sometió a problematización el conjunto de certidumbres que lo habían animado hasta mediados de los años 80. Tal vez la motivación del *Congreso extraparlamentario* consistiera en un ajuste de cuentas no solo con las certidumbres del sistema, sino con sus propias críticas a ellas. El registro de lo ocurrido no puede ser más corrosivo. El desengaño ante el progreso resulta incontrovertible, a diferencia de la dualidad entre progreso y efectos nocivos de la modernidad que antes había sostenido. Llegó a la conclusión de que, ya implantado el capitalismo sustentado en los privilegios, se entronizó una lógica nociva, cuya superación requería difíciles soluciones. En 1895 concluía que los experimentos realizados por los dominicanos se habían saldado en el fracaso. Si antes había depositado fe en una interacción entre sociedad y estado, en ese momento destacaba la función corruptora de este último como su calidad decisiva.

Sin embargo, Bonó no expresó su decepción en el estricto terreno de la teoría política, sino más bien en el de la epistemología. Se adelantó, oponiéndose a las modas de su época, en postular una relativización de las certezas científicas, buscando fuentes de una verdad más humilde pero trascendente. Llegó a la conclusión de que la ciencia no había cumplido las promesas



de bienestar que había anunciado, fracaso motivado por la disociación entre ética y conocimiento. Este significativo campo de problemas, recientemente retomado por Rafael Emilio Yunén en su magistral discurso ante la Academia de Ciencias de la República Dominicana, llevó a Bonó a irrumpir en contra del ateísmo por considerarlo una derivación de la ciencia moderna que no atendía al requerimiento humano del consuelo. Su defensa de la religión expresaba la exigencia de un fundamento ético en la cosmovisión intelectual, el cual había sido vulnerado por el falso progreso.

Esa postrera conclusión contra el concepto aceptado de la ciencia, culminación de la pérdida de ilusiones en las capacidades de reforma de los sectores protagónicos tradicionales, de hecho convocaba a un principio alternativo que abarcara la historicidad y la moral. El universalismo deísta era, a su juicio, propio de la capa de los intelectuales, asimilable únicamente a las clases superiores. Los pobres requerían reglas éticas, de las cuales se había divorciado la ciencia.

Si bien Bonó dejaba en suspenso la posibilidad de que en los países industriales la ciencia cumpliera cometidos humanistas, lo decartaba tajantemente para República Dominicana. Esto lo llevó a asegurar que la revelación seguía siendo la única guía para los dominicanos, el “puerto seguro” para hacer frente a las perversidades de la época. Así pues, ateísmo y corrupción quedan presentados, en su última etapa, como expresiones interdependientes de una modernidad amparada en las certidumbres de una ciencia malsana. Tal sentido común, resumido en la corrupción, habría sido interiorizado, a partir de los estratos superiores, por el conjunto de la población, mediante una dinámica a la que pocos escapaban.

Para este último Bonó, en consecuencia, ya no se trataba tanto de hacer ciencia, sino de insuflar moral por medio de la religiosidad. No obstante, a pesar de la disminución del énfasis en el examen sociológico, mantuvo inalteradas las temáticas de crítica a la modernidad en el terreno económico, puesto que



subyacían como fundamento de su práctica cognoscitiva. En al sentido, denunciaba la preferencia pública por el cacao en detrimento del tabaco, encontrando al primero “oligarca” y al segundo “demócrata”, a pesar de los fraudes y de las injusticias envueltos en su comercialización.

En ese estado de ánimo primaba el interés de encontrar soluciones inéditas, ajenas al espíritu cientificista y que se adscribiesen a la idiosincracia dominicana. Por ello, de coincidir calurosamente con Hostos en la crítica a los efectos oligárquicos del capitalismo, Bonó se tornó impugnador del positivismo y, en concreto, de la escuela hostosiana, sobre todo después que los discípulos del Maestro pasaron a ocupar elevadas funciones públicas. En sus años finales sostuvo una activa correspondencia con Fernando A. de Meriño, en la que coincidían en la denuncia de la reforma educativa de Hostos. En esos textos privados Bonó sí explicitó dudas sobre el paradigma político. La carta a Meriño del 31 de diciembre de 1903, culmina con expresiones desesperadas:

“La sociedad en que vivimos está mala, muy mala. Si Dios no nos ve con misericordia estamos perdidos. Con los elementos en juego hoy día no hay combinación a mi parecer que pueda reconstruir el edificio social destruido, restablecer la armonía y mantener las jerarquías. El trabajo dominicano lo acabaron las teorías de los ilusos, las santas creencias de la religión cristiana las acabaron las teorías generales del siglo, traducidas aquí por la Normal, la disciplina, la laboriosidad, en fin, todo lo bueno que poseíamos ha venido abajo”.

Esas “teorías generales del siglo” eran las mismas que él había abrazado en su juventud como panacea. Por ello, siempre dirigiéndose a Meriño, exteriorizó su desencanto de manera lapidaria: “Estudiando, observando, padeciendo, gozando, viviendo, en fin, entre todas estas maneras de ser mi vida, nada he encontrado que me satisfaga por completo, sólo Jesucristo.



Su doctrina, sus trabajos, sus promesas, todo es la verdad, toda la verdad”.

Tal recuperación de la religiosidad exterioriza el caso extremo, prácticamente único, del intelectual que ha recusado los efectos del ordenamiento liberal oligárquico y que ha llegado al descreimiento en las virtudes de la teoría, a diferencia de la obstinada defensa que de ella mantuvieron los hostosianos. Empero, el remedio trascendente de la ética religiosa no encontró derroteros de aplicación en los escritos postreros de Bonó. Al parecer estaba impregnado en un ánimo de transcendencia mística. Acaso por ello, abrigó la confianza de que la sociedad por sí misma generaría una rectificación, cuando se produjera el agotamiento “por autoconsumo” de la corrupción. A lo sumo, enlazó con su primigenia preocupación, común a todos los liberales, de que la clave de una perspectiva salvadora se hallaba en la educación. Pero ahora le interesaba la educación que erradicase el ateísmo y que desplegara una misión trascendente. Esta era una tarea que únicamente la iglesia católica podía acometer, derrotando la prédica de quienes controlaban el aparato educativo.

De manera que, en el plano de la elaboración de una propuesta de sistema político, Bonó se encontró ante una encrucijada. Tenía que acentuar la valoración positiva del legado histórico de la nación. Pero ello no implicaba retrotraerse al pasado, a pesar del apego a muchos de sus componentes, ni mucho menos la adopción de una solución neoconservadora. Por el contrario, se mantuvo aferrado a la perspectiva, aun fuese indefinida, de una síntesis post-liberal, en el sentido diametralmente opuesto a la derivación oligárquica encarnada en Heureaux. Propendía al rescate de los contenidos humanistas de la teoría, lo que hubiese podido conducirlo a establecer un continuum parcial entre liberalismo y socialismo, como hizo Marx a partir de Rousseau. Pero Bonó no dio un paso similar: su decepción frente a la aplicación del liberalismo lo condujo a una retirada contemplativa, amparada en la confianza en los designios divinos.



Resulta revelador que, en virtud de lo arriba apuntado, este intelectual, ejemplo de la contestación de lo existente, no pudiera traspasar el paradigma liberal con formulaciones acerca del régimen social y político deseable. Y el que no abandonara las certidumbres de tal paradigma debe atribuirse a su consustanciación con el entorno histórico, por más que sintiera agudamente su condición de solitario. Su síntesis patentizó un límite, derivado de un contexto social dominado por lineamientos de tradiciones ideológicas, cuya eficacia se reforzaba por el escaso desarrollo capitalista.

Pero Bonó no tenía madera de resignado. No solo persiguió la redención en la trascendencia cristiana, sino que no cejó en visualizar brechas por donde el conglomerado dominicano eludiera un destino funesto. A título contingente, enunció la esperanza de que la Confederación de las Antillas pudiera tornarse en el recurso para reconstruir una identidad colectiva animada por un sentido de misión. Lejos de desembocar, pues, en un corolario conservador, ratificaba el invariable contenido progresista de su cosmovisión. Así lo evidencia su sugerencia de que República Dominicana se constituyese en el núcleo de las Antillas, con la finalidad de lograr la integración de las razas y la dignificación de los negros.

Consciente de las dificultades inmensas que podía encontrar el proyecto de Confederación Antillana, establecía como premisa de ese cometido trascendente que el pueblo dominicano avanzara hacia un estado de dignidad, mediante la formulación de su misión colectiva. Mientras tanto, llamaba la atención acerca del imperativo de impedir la destrucción del colectivo nacional a causa del desenfreno de la explotación social.

Hasta aquí he tratado de poner de relieve algunas de las virtudes que adornaron la elaboración doctrinal de Bonó como parte de su recorrido vital. A un siglo de concluidas sus exposiciones públicas, podemos seguir econtrando en él el modelo del intelectual ajustado a parámetros morales, al compromiso con la sociedad y a las peculiaridades potencialmente productivas del medio histórico.

Leer a Bonó genera un sentimiento inefable de emoción, de cita con la búsqueda de lo verdadero y lo bueno. Se nos revela, página a página, en la doble vertiente de investigador sociohistórico y ciudadano. Y lo más impresionante que devela es que varias de sus aporías aún no han encontrado medios de resolución. Por tanto, se mantiene como fuente de reflexión, llamada a encontrar corolarios constructivos hacia el futuro.

Es por ello que Emilio Rodríguez Demorizi, pasado presidente de esta Academia, abogó por que la obra de Bonó se elevase a referente para la construcción de una patria donde, a su decir, se aúnen la riqueza y la justicia:

“Que el pueblo dominicano escuche hoy, para su bien, y la coloque sobre su frente y sobre su corazón, la palabra de Pedro Francisco Bonó.

Que esta nueva fuente para la historia de la ideas políticas en Santo Domingo sea algo más aún: ejemplo, incentivo, inspiración. Que debe el que ara arar en la esperanza, como decía San Pablo”.

